

En tarde lampiña, sólo luce el buen toreo de Rafael de la Viña

Novena corrida de la temporada de Primavera

Por ENRIQUE GUARNER

La palabra lampiño procede del latín y se refiere fundamentalmente, al hombre que no tiene barba, o que carece de vello, volviéndose antiestético. Lo anterior, constituye el juicio que se le debe de dar a la corrida efectuada la tarde de ayer, en la Monumental Plaza México. En ella, solamente el albaceteño Rafael de la Viña cumplió con el precepto taurino emitido por Pedro Romero Martínez, que dice lo siguiente:

Al torear el diestro no debe ayudarse con el movimiento de sus pies, sino confiar en el juego del brazo y la mano izquierda. Ante el toro, los pies tienen que mantenerse en absoluta quietud, porque es en las extremidades inferiores, donde está el arte y el lucimiento, toreando tanto de capa como de muleta.

Esta regla publicada en las **Lecciones Prácticas** para la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, que aparecieron en 1831, no fueron cumplidas más que por uno de los alternantes de la tarde de ayer, que fuera, Rafael de la Viña. Este torero con alternativa que data de 1987, ha toreado desde entonces hasta 25 tardes en la Plaza de Las Ventas de Madrid, en las que logró tres salidas por la Puerta Grande. A pesar de ello, se le había postergado, de tal manera que en los últimos años, apenas y sumaba, una media docena de festejos en la Península Ibérica. Sin embargo, vino a la Plaza México, donde dejó constancia de su calidad e hizo que nos explicáramos sus triunfos en la Villa y Corte.

La razón de que nos haya gustado tanto, se deriva de que cumplió con el precepto de Pedro Romero, toreando con gran quietud y arte. Por el contra-

rio sus alternantes, Rogelio Treviño e Iñaki Elías, no ejercieron esta regla, moviéndose constantemente entre pase y pase.

Juicio crítico

Ante una entrada que apenas sobrepasa los mil quinientos espectadores en los tendidos, con otros **ochocientos asistentes** con la autorización del juez de plaza, quienes llenan hasta la bandera el callejón, hicieron el paseo de cuadrillas: Rafael de la Viña, de azul cielo, Rogelio Treviño en negro e Iñaki Elías de grana. Los tres ternos van bordados en oro, y se inicia el festejo.

El ganado

Se lidió una novillada que procedía de Guanamé, y que por lo tanto **usurpaba** un nombre importante dentro de

la historia de la Ganadería de bravo en México. Como se sabe, Guanamé era una dehesa potosina que se inició en el siglo XVIII por el Conde de Gálvez, mezclando vacas nacionales con sementales salmantinos. La ganadería adquirió gran cartel en el siglo XIX, hasta que inició su decadencia.

La actual Guanamé pertenece a don Eduardo Hernández de los Santos, y se ubica en San Felipe, Guanajuato, careciendo de cartel. Por lo tanto venía por él, la tarde de ayer, y en mi opinión al lidiar astados que no habían cumplido, a pesar de la mentirosa pizarra, los cuatro años debe de dejarse su anhelo por **fraude**.

Los astados lidiados la tarde de ayer, resultaban bastante chicos y con pobre cornamenta. La mayoría fueron negros bragados, mezclándose dos cárdenos, y un negro entrepelado girón. En cuanto a su juego, estos bureles tomaron un total de diez puyazos,

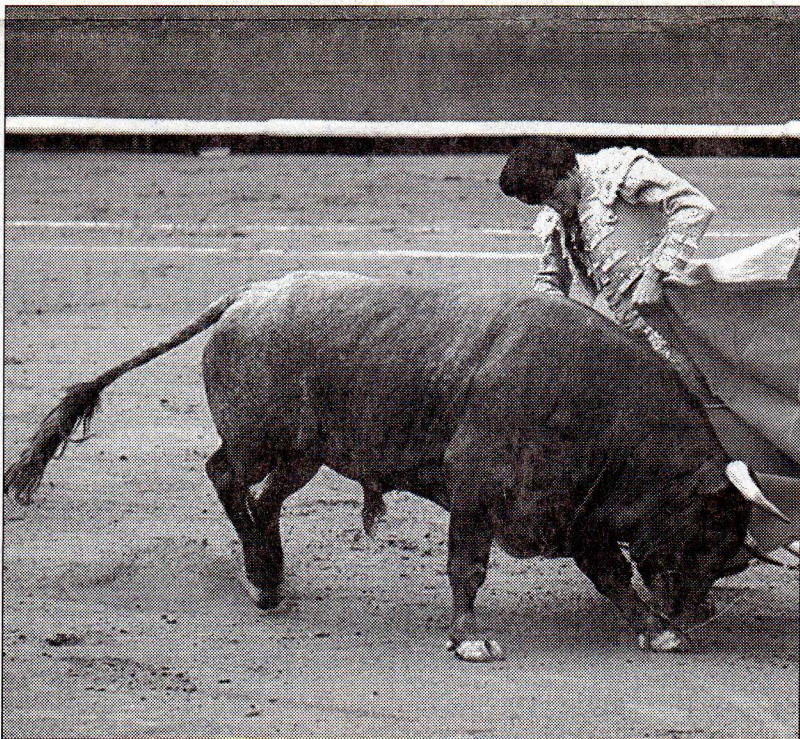


Foto: Notimex

RAFAEL DE LA VIÑA dejó constancia de su clase y calidad torera.

teniéndoseles que tapar la salida por **falta de bravura**. Además, tres saltaron o intentaron hacerlo al callejón, demostrando mansedumbre.

Detallándolos: el novillito que abrió plaza, perdió pronto fuerza, a pesar de lo cual, nos dejó ver el buen toreo de Rafael de la Viña. El segundo, más gordo, fue noble y repetía sus embestidas constantemente, no siendo aprovechado por Rogelio Treviño. El tercero, acabó aquerenciado en tablas. El cuarto que no valía ni un cacahuete, fue bien toreado por el albaceteño. Aceptable era el quinto, al que también desperdició Treviño. El sexto, aunque doblara contrario, merecía mejor faena.

Rafael de la Viña

Dejó huella en cuanto realizó en el ruedo. La razón estriba en su quietud y calidad al torear. Si este torero hubiera nacido en México, sería sin duda alguna, nuestra máxima figura, pero en España se enfrenta con una competencia feroz, y por ello, ha ido descendiendo en el escalafón.

Se enfrentó en primer lugar a *Cominito*, con 470 kilos, nombre famoso por ser el toro de San Mateo, con el que confirmó su alternativa en México, Luis Miguel Dominguín el 12 de diciembre de 1952. Rafael de la Viña lo recibió con cuatro magníficas verónicas y dos medias. Después bregó atinadamente para llevarlo ante el caballo, y volvió a lancear mostrando su capacidad artística. Con la muleta, después de doblarse, sufrió un desarme, pero de inmediato comenzó a torear en redondo, sin acoplarse en la primera tanda, mejorando sustancialmente en las siguientes. A excepción de un gran natural, digno de Lorenzo Garza, no ligó suficientemente. Mató de entera caidilla, escuchando tibios aplausos.

El cuarto se denominó *Amoroso* con 480 por peso, nombre histórico en recuerdo del toro de Mimiahupam que indultara Manolo Martínez

en 1979. Rafael no se lució mayormente con el capote por lo abanto del burel, pero al llegar a la muleta, surgió una seria portentosa de redondos con la derecha con los que el diestro mostró su enorme quietud, girando apenas sobre las zapatillas. Nos recordó el faenón que le vimos a Castella el domingo anterior. Sin embargo, los pases que continuaron, con suavidad y temple, no conjuntaron la faena deseada. A pesar de ello vimos estupenda dosantina y circular. Mató de pinchazo y media en lo alto, que requirió del descabello, pero se ovacionó al torero en los medios.

Rogelio Treviño

Poco ha mejorado con el paso de los años, y hoy en día está convertido en un tremendo *pega-pases*, los cuales carecen de la quietud necesaria para que podamos aplaudirles.

Enfrentó en primer lugar a *Triadero* con 518 kilos, al que toreó con lances retrocediendo. En banderillas vimos un buen par de Raúl Bacelis, y el juez de plaza, Chucho Dávila, decide no cambiar el tercio, de tal manera que cuando de La Viña, devuelve los trastos a Treviño, seguimos en banderillas hasta que muere el burel. De cualquier manera, la faena que realizó Rogelio, no valió nada, con pases rápidos y moviendo los pies como si tuviera *mal de San Vito*. Mató mal, de pinchazo y tres cuartos contrarios.

En quinto lugar saltó al ruedo, Herrerías... ¡perdón!, *Pervertido*, con 478 por peso, y se repitió la escena, con verónicas muy regulares, quite por mediocres chicuelinas, y redondos sin fijeza en los pies, en los que sobresalía descargar la suerte. Mató de metisaca, dos pincha-

zos, y media habilidosa.

Iñaki Elías

Es uno más de nuestros devaluados valores, y no le vi nada que dejara huella. Se enfrentó primero a *Peregrino*, con 470 kilos al que recibió con larga de rodillas, aguantando, para después moverse constantemente al lancear. Su faena no emocionó ni a su familia, al realizarse *peregrinando* por todo el ruedo, ejecutando pases sin ton ni son, por su falta de quietud. Mató primero de un pinchazo, al que siguieron inexplicables y horrendas manoleínas. Le sugiero que la próxima vez tome el capote e instrumento un quite por caleserinas ante un semicadáver, lo cual, será una gran innovación. A las manoleínas continuó una estocada trasera desprendida, que causó tremenda hemorragia en el burel, por lo que no nos explicamos el que alguien, aplaudiera.

Cerró plaza *Primaverál*, con 500 por peso, que fue recibido dentro de toriles... ¡perdón!, el diestro no dejaba paso al becerrito al colocarse a porta gayola, por lo que la única manera que tuvo el animalito, fue saltar al pelotari Iñaki I, produciendo una escena digna de alguna película de Cantinflas. Después de lo anterior... ¿qué creen ustedes que vino a colación?... ¡Pues una serie infinita de chicuelinas!, dignas de *Tamalito Mejía*, aunque en este caso, se trate de un torero espigado, y no de una *esfera*. Describir la faena del pelotari vasco, no tiene ningún caso, pues fue entablerada y sin sabor alguno por el exceso de movimiento en los pies. Eso sí mató muy bien, de una estocada entera en lo alto, por lo que algunos despistados pensaron que merecía... ¡el rabo del burel!